

La risa de Diana
Relato de un análisis
Nora Sigal
abecedario Freud ↔ Lacan
junio de 2022

INTRODUCCIÓN

Tal vez se imaginen, al abrir estas páginas, que voy a hablar de mí. Nada más alejado ni más cercano a la verdad que esta frase. Voy a intentar hablar de Diana, un homenaje póstumo tal vez, un relato de vida, quizás. Sé muy poco de ella todavía. Espero encontrar por el camino algunas señales que me vayan orientando, relatos de otros que sumen a mis escasos datos algunas perlas de interés para ustedes, lectores curiosos. No prometo intimidades —mías— pues de ella no sé ninguna. Mi encuentro con Diana Rabinovich fue casi directamente el diván. Entonces, salvado este primer escollo —el de prometer intimidades—, avanzo con lo que me propongo transmitir.

Diana brilló. Creo que eso es así. Incluso para los que no la admiraron. Es cierto que el círculo no es muy grande. Hablamos de un mundillo pequeño, con pocos personajes y bastantes datos inciertos.

Hace poco apareció una película. Relataba la llegada de Lacan a Caracas. Decía algunas cosas de nuestro personaje. Pero no es eso de lo que me acuerdo, sino de una foto. La mostraba caminando, riendo con otras mujeres, tal vez disfrutando de ese tiempo de gloria. Una vez me contó —entre otras tantas cosas— que, cuando se exilió en Caracas, se aburría. Y entonces, para divertirse, se le ocurrió la idea de invitar a Lacan. Otros, cuando nos aburrimos, prendemos la tele. Y cuando no nos aburrimos, pensamos en algún homenaje a alguien que se lo merece. Este es mi homenaje.

ENCUENTRO

Planeé mi entrevista con Diana desde Quito, mi lugar de residencia en aquel entonces. Esa cita me cambiaría la vida. Como otro análisis lo había hecho en su momento. Algunos elegimos el encuentro con analistas para cambiar nuestro horizonte en determinados puntos de viraje de nuestra existencia. Otros pueden sin ellos.

Llamé por teléfono. Me atendió Lilia. Le dije que era de larga distancia. Me dijo que llamara a las doce. ¿O era a las tres?

Volví a llamar a las doce —probablemente— o a las tres. Le dije que quería tener algunas entrevistas con ella y que podría viajar en septiembre —el llamado fue en julio, tal vez agosto—. Me citó para algún lunes de septiembre de 2005.

Ese julio había decidido que me quería volver a vivir a Argentina. Hacía catorce años que habíamos emigrado. Ese exilio intempestivo fue lo más osado que me había animado a hacer hasta entonces en mi vida. Recién se había muerto mi analista; al poco tiempo, mi mamá; mi papá llevaba algunos años enterrado. Y qué mejor manera de salir de tanta muerte que salir de la escena, cambiar de escenario, de vida, de todo.

Pero quería volver. No sabía muy bien a qué o cómo.

Llegué un lunes directo desde el aeropuerto al consultorio de Diana. Ella estaba sentada en su silla del escritorio. Le dije dos frases apenas; vaya a saber qué escuchó ella. Me dijo: ¿quiere pasar al diván? Eso hice.

No me acuerdo si ya sabía cuánto iba a pagar. Sé que yo traía dólares. Arreglamos dos citas diarias por esa semana. Eran sesiones demasiado largas para mí. Antes de que ella interrumpiera y cortara la sesión, yo decía, bueno, suficiente, vuelvo a la tarde, o vuelvo mañana. Y ella se reía y yo respiraba aliviada.

La casa de Diana era el cuarto piso de un edificio clásico en Arenales y Libertad. Elegante, con escaleras de mármol y ascensor antiguo de puertas plegables de metal. En el palier había un sensor de movimiento y tal vez un par de grabados antiguos. En una especie de recibidor –o living– había un sillón de cuero de dos o tres cuerpos con otros más pequeños haciendo juego. Y una obra imponente: una suerte de oso, o de lobo, de dos metros por uno, en ocres y negros, tal vez carbonilla, o tinta. Aterrorador si me hubiera sorprendido una noche en un lugar desconocido, pero no en ese espacio de amparo y cobijo. También un paragüero y, enmarcando el grabado, toda la pared de biblioteca. Cruzar la puerta de acceso al consultorio era cada vez un reto, una y otra vez una aventura singular, en especial en esos primeros viajes. No tenía idea de qué iba a depararme la siguiente cita, qué encontraría, qué nueva versión de mi historia iría a construir en ese andamiaje inicial. Atravesar ese marco de la puerta no era una aventura menor, tal vez la mayor hazaña a la que me lanzaba en mucho tiempo. Nunca la abrí para entrar –estaba siempre abierta a mi llegada– tal vez metáfora de la analista siempre dispuesta a escuchar lo que viniera.

El diván era un mueble tapizado en chenil rosa viejo con el espaldar alto y un cojín de la misma tela. Y digo cojín a sabiendas de que no es un término argentino, pero cuánto más bella es la palabra cojín que la palabra almohadón. Aquí también puede ser impreciso algún detalle, la tela, el cojín. Sí había una alfombra grande, rectangular, alguna vez pasada por una buena limpieza que la dejaba dos tonos más clara. En la pared opuesta a la entrada, una puerta ventana que daba al balcón y, en el balcón, un ficus medio pelado y solitario. A Diana le gustaba todo lo francés –como ese balcón–. Incluso la comida, los muebles, la ropa, los perfumes. Sobre los perfumes, una vez me encargó que le comprara uno –francés, de la casa Hermes, *bien sûr*– que dijo que no se conseguía. Nunca sabré si eso era una verdad fáctica o algún tipo de intervención. Si lo fue, no supe nunca con qué efectos. Sólo sé que yo sí conseguí el perfume, y por supuesto, se lo traje.

Otra vez me habló de la comida francesa y me contó cuánto le gustaban las salsas espesas –tal vez también dijera algo sobre las carnes salvajes que forman parte de la cocina gala–. Quizás no tenía muchas cosas para contarme y me hablaba de comida, porque en esos primeros meses ella hablaba mucho. A mí me gusta cocinar. Entre mis relatos del análisis anterior, hablé de una intervención: quien fue mi analista me había mandado –sí, mandado– a ver “La fiesta de Babette”. En su momento, esa intervención me fue muy significativa –eran tiempos de construir deseos por fuera del deseo del otro–. Pero, en los inicios del análisis con Diana, no estoy segura de que el relato de sus gustos culinarios me haya sido de mucha utilidad. Sin embargo –y aquí me contradigo– ahora me viene a la memoria otro asunto relativo a la comida. Escribiendo estas notas me doy cuenta de cuánto pasó por los regalos y la comida. Fue en ocasión de una festividad judía. Yo había cocinado el típico *guefilte fish*. Le llevé una pequeña fuente a Diana. Me dio las gracias, después dijo que estuvo rico, pero nunca intervino sobre eso. Tal vez pensó: yo le cuento de mis gustos por la comida francesa, le pido perfume francés y esta loca me trae *guefilte fish*, comida de judíos pobres de Europa del Este.

Aclaremos que si bien el origen de su apellido es de esa zona, y el *guefilte fish* probablemente no le resultaría ajeno, seguro que no entraba en de lo que consideraba elegante.

Pero volvamos al consultorio. Mirando hacia la puerta de entrada había un escritorio, colocado en un ángulo. Allí me senté esos dos primeros minutos de la primera entrevista. A la derecha unos ¿diez? estantes con libros ocupaban casi toda la pared. El diván estaba abajo de los libros. Las ménsulas que los sostenían nunca me parecieron demasiado fuertes, pero puedo asegurar que jamás pasé por el mal rato de que me cayeran libros encima. Una vez, Diana me contó que como había humedad en la pared, pudo pintar por detrás de la biblioteca gracias a que los vecinos le pagaron el arreglo. Me resultó extraño. ¿Habrá sido esa otra intervención?

Antes de lanzarme al diván a veces espiaba algunos títulos. Mucho Manantial, mucho posfreudiano, Freud en inglés, Lacan en francés, Heidegger ¿en francés?. Trato de acordarme de más nombres de la biblioteca. No estoy segura. Había otra biblioteca más pequeña frente al diván, y encima, una escultura en bronce de un caballo. Ahora que lo pienso, le debían gustar los caballos. En una época tenía un perro. Algunas veces, a la salida de alguna sesión, me crucé con el paseador y un bello animal. ¿Qué se habrá hecho de ese perro? Nunca lo escuché ladrar, tal vez ya no estaba más los últimos años.

Creo que también –estoy segura– había una sillita por ahí donde dejaba mi cartera o algún abrigo. Otras veces solo dejaba mi cartera en el piso haciendo alarde de una total desaprensión por la superstición.

Un día, llevé puesto un pullover de esos que son como vestido. Una prenda que había comprado en un negocio canchero, más audaz que la generalidad de mis atuendos. Cuando me iba, Diana dice: “se puso la ropa al revés”. Me empiezo a reír. ¡No! Es así el modelo. A ella no le causó gracia. Creo que no le gustó haber dicho algo sobre mi ropa y sobre todo, haberse equivocado.

Una sola vez me hizo esperar en un cuarto al final de un pasillo. Era una habitación pequeña que por supuesto tenía otra biblioteca: uno de esos muebles pesados con puertas vidriadas que solo contenía libros gigantes, de arte. Y dos silloncitos donde me senté por un rato. Fue la única vez que me hizo esperar antes de una sesión.

Mención aparte: el café. Siempre fui en mi auto. O, mejor dicho, a partir de mudarme a Buenos Aires, siempre fui en mi auto –o casi–. Siempre estacioné en el mismo garaje. En Libertad entre Santa Fe y Arenales. Siempre me recibieron los mismos acomodadores. Nos conocíamos bien. Si alguna vez iba en otro horario, me preguntaban: ¿cambiamos? Y yo respondía: sólo por hoy. Siempre llegaba con al menos treinta minutos de anticipación y tomaba café en distintos bares –costumbre que traía de mis otros análisis– hasta que los últimos años, frente al garaje, pusieron un café de esos que hacen cafés de autor y ya no cambié de bar. En alguna época también me encontraba con algún conocido que salía o entraba a lo de Diana y que también paraba en ese bar. Yo no diría que iba al café a ordenar ningún pensamiento sino para asegurarme de no llegar tarde. Si el objetivo del análisis hubiera sido curarme de mi excesivo afán de puntualidad, no lo logramos. Pero siempre tuve problemas más graves, o más interesantes, o más urgentes, o no.

Una vez, recién llegada a vivir a Argentina, salí, como siempre, con mucho tiempo a mi cita. Resulta que se inauguraba la Feria de la Rural. No eran tiempos de Waze ni Google Maps y no contemplé el atraso. Desde el auto llamé y atendió Lilia. Le dije: no voy a llegar. Ella respondió: todavía falta un montón. Llegué. Ese día no tomé café.

Diana no atendía el teléfono ni mandaba mensajes directamente sino a través de su secretaria: hoy no la va a atender la Doctora, la Doctora la espera tal día, la Doctora no puede recibirla la próxima semana. ¿Habrá sido esa una de las maneras de sostener su aura? Algunos recuerdos también vuelven a aflorar al escribir estas últimas frases: muchos años antes, iba a sus teóricos en la Facultad de Psicología. Ella entraba con su capa echada sobre un hombro, su cabellera roja y el paso firme. Y los asistentes, los muchísimos asistentes, sentados muy apretados, en silencio esperábamos que empiece, con nuestra atención en vilo, esperando devorar algún conocimiento.

III. DESARROLLO

¿Qué se puede contar del desarrollo de un análisis? ¿La frecuencia de encuentros? ¿La duración de las sesiones? ¿El clima de trabajo? ¿La ropa que usaba ella, la que usaba yo? ¿La temperatura ambiente? ¿La iluminación del consultorio? ¿La ventana abierta para que Diana pueda fumar y echar el humo? ¿Las variaciones en el tono de su voz cuando tenía que decir algo preciso?

Durante los años que duró mi análisis tuvimos dos encuentros semanales. A eso debemos restar las largas vacaciones y los viajes. Los últimos años viajé una semana al mes a Quito y no tenía encuentros que no fueran presenciales, tan de moda años después con la pandemia. Tampoco los tuve el primer año de pandemia. Sólo en diciembre de 2020, a partir de enterarme de que Diana estaba dispuesta a recibirme de forma presencial, fui todo ese mes. A despedirme. Eran tiempos de COVID y, sin embargo, me recibió en su consultorio. Le estaré siempre agradecida por ese último acto generoso. Pero antes de esa despedida pasaron algunas cosas.

Después de dos semanas de trabajo intensivo, una en 2005 y otra en 2006 –esas maratones de dos sesiones diarias durante una semana– decidí mudarme a Buenos Aires. En realidad, a eso fui al análisis, a poder tomar esa decisión. Después pensé, o entendí, que fue una decisión poco pensada, mas bien ejecutada sin más. Momento de hacer. Y vino el tiempo del análisis al que llamaría extenso. Largo tiempo para detenerme en los porqués, los cómo, los cuándo y otros tantos vericuetos que hacen a la vida, la propia y la de nuestros personajes cercanos.

Ya mencioné antes que, en los primeros tiempos, Diana hablaba mucho y, cuando digo mucho, lo digo porque yo no estaba acostumbrada a eso. Entre mis veintitrés y mis treinta años había pasado por un análisis al cual considero fructífero. Fue el tiempo de trabajo con Sofía Nadel. Hasta su muerte. Sofía hablaba o decía algunas cosas, también hizo un esquema escrito con unas palabras claves que marcó un antes y un después en mi vida.

Y ahí la ida a Ecuador, la época de trabajo con un analista ecuatoriano, analizante de Lacan, con poco para contar. Fue el tiempo de la migración, la maternidad, la inserción laboral en Ecuador, la vida adulta pero no el análisis propiamente dicho lo que marcó esos años. El ecuatoriano no dijo ni escribió, pasó.

Diana no dejaba de intervenir. Construir una historia con sus marcas fundantes, el trauma y sus vicisitudes, armar con eso una novela, todo se gestó en los primeros meses. ¿Habrán sido nueve? En todo caso, algo nació. Y no fue otro hijo. Podría llamarlo “un encuentro”. Después de esos dos viajes de sesiones antes de volver a Argentina, tuvimos otro encuentro breve, un viaje relámpago. Le llevé dos libros que publiqué en esos meses. Diana comentó: ¡qué producción! Eso fue todo. Uno de los libros era una tesis; el otro, una serie de artículos sobre literatura y psicoanálisis. Un año después, al instalarme en Argentina, me llegó la respuesta *nachtraglichkeit*: “debería entrar en letras”. Cosa que por supuesto hice, siempre fui obediente. Hoy agradezco esa intervención. Así como otra de esos inicios: ¿le gustaría dar clases en Buenos Aires también?

Nunca la tuteé ni ella me tuteó. Otros analizantes a los que fui conociendo con el tiempo la trataban con mucha más familiaridad, y por supuesto se tuteaban y saludaban con beso. Nosotras solo nos dimos la mano. Y nos tratábamos de usted.

Los primeros tiempos yo le hablaba en ecuatoriano (mi segunda lengua) convencida que ella estaba capacitada para entenderme por haber vivido en Venezuela. Había leído un caso en *Escansión* sobre un análisis que ella condujo y su marca significativa con un término multívoco para los venezolanos: ratón. Eso me impulsaba a usar los términos coloquiales quiteños, aunque después ya no me fueron imprescindibles en el análisis, podía hablar las dos lenguas, variar de una a otra.

Hace un tiempo encontré una descripción de Strachey sobre su análisis con Freud y el efecto fulgurante de la interpretación. Estoy convencida que hubo dos de esas intervenciones en mis años de análisis. La primera no fue con Diana sino con Sofía. Ella —así como yo— hablaba hebreo. Su intervención incluyó una palabra en esa lengua. También ese esquema al cual me referí antes, era una especie de Scrabel con varios términos de mi historia infantil. Diana agregó a ese esquema primero, otra versión, complejizada del trauma. Además de la marca en el cuerpo que construyó Sofía con su esquema, Diana unió el secreto y la conjunción con otros eventos traumáticos de la niñez, el nombre de la familia y sus silencios cargados de no dichos.

Ir contando esto me produce un doble sentimiento. Por un lado el alivio de saber, de haber unido las piezas del rompecabezas, incluidas algunas piezas faltantes pero demarcadas en su contorno y por otro el homenaje póstumo que implica tanto para ella como para Sofía. A quien también le llega por esta vía un tanto elíptica mi agradecimiento y reconocimiento. La muerte de Sofía me dejó un tanto huérfana (además de haber coincidido en el mismo año que la de mi madre, también llamada Sofía). La muerte de Diana fue otra cosa. Llegué a ella huérfana y salí adulta, sostenida en ambas piernas y con varias cosas claras acerca de lo que quiero y por qué. De Diana pude despedirme y dar por concluido un trabajo. Estas líneas son producto de eso.

Una vez Diana me hizo un regalo. Sí. No es algo que yo haya creído, o inventado. Sucedió. Un día, termina una sesión. Me levanto del diván, estoy por pagarle y cuando le extiendo la plata, ella me da un libro. Le pregunto: ¿y esto? Responde: para usted. Le repregunto: ¿quiere que se lo pague? Dice: no. Digo: ok. Y me voy. Era una novela de una escritora británica de nombre sugestivo: Elisabeth Taylor. Se trataba de la vida de una mujer en una especie de edificio de retirados donde comparten actividades, comidas, salidas, hasta que

les toca internarse para morir. ¿Por qué me lo dio? Supuse que esperaba un trabajo de crítica. Nunca lo hice.

Después vinieron tiempos difíciles ¿o tal vez ese regalo fue después de los años difíciles? Ella no se amedrentó, por supuesto. Una dura enfermedad. De eso no voy a hablar. Ya pasó. Queda la marca –tanto en mí como en la historia de ese análisis– de su sostén. Y también la razón por la cual ese análisis siguió por tantos años. Hubiera querido que no haya sido tan larga, la enfermedad. O tan duradero el temor a que vuelva. Pero eso no se elige. Diana sostuvo sin pausa la diferencia entre el cuerpo, sus avatares y la neurosis. Otra razón más para estarle agradecida.

Si tuviera que marcar las intervenciones, diría que el signo de ellas era que me provocaban risa. Cada intervención, señalamiento, punto de unión me producía una risa sonora. Creo que llamarla carcajada es un exceso. Pero sí risa, risa franca. Y después de esa risa, me levantaba y me iba. Decía: me voy. Diana respondía: bueno, si quiere... Y hasta ahí llegábamos ese día. A la siguiente sesión de esa semana llegaba sin rastros de aquel día. Volvía a empezar. Y no siempre terminaba en risa.

Con el correr de los años, creo que algo se naturalizó de nuestros encuentros. Como si no hubiera que definir nada por el momento. Como si encontrarse para seguir diciendo tuviera el ritmo de las citas pautadas sin necesidad de dejar una marca cada vez, esperando que eso aparezca, sin mayor apuro. Y en el interín, la vida.

Y al final, cuando ya no está la vida de ella, queda esta posibilidad de recordarla, de homenajearla, tanto para mí como para algunos otros, entre tantos a los que nos marcó.

FIN

Diciembre de 2021. Habían pasado algunos meses de encierro. Yo no quise tener sesiones telefónicas. Me llama Diana por teléfono: ¿Cómo está? Me sorprende gratamente. Yo bien. ¿Usted? Yo también. Arreglamos un encuentro en vivo y en directo.

Tal vez fue el 1 de diciembre. Volví a Arenales. Estaba ahí Diana, sentada en el mismo lugar de siempre. No se paró a saludar, como no se paraba nunca. Tenía el barbijo puesto y tampoco me dio la mano –como sí me saludaba antes del COVID–. No dudé en acostarme. Vine a despedirme –le dije–, a trabajar hasta fin de año y por fin concluir lo empezado hace 16 años.

Estuvo de acuerdo. Y le agradezco esa oportunidad. La de decirnos hasta aquí llegamos. No siempre sucede. No siempre nos brinda la vida esa chance. Yo la tuve. Las sesiones tuvieron una intensidad parecida a esos primeros encuentros en 2005.

No sé si sabía que el riesgo de muerte era alto. Sí sé que cuando la conocí el primer día le pregunté: ¿sabe si tiene alguna enfermedad? ¿supone que se va a morir pronto? Si es así, me puede decir y yo no empiezo a trabajar con usted. Diana se rio. No que yo sepa, contestó.

Ese fin de año, en la despedida, era rico volver sobre las marcas, los momentos pasados, las frases escritas con tinta. Recordar, sin repetir. Rememorar las escansiones que marcaron la vida. Ubicar unas pocas frases, de eso se trató. Y de poder cerrar. Un lujo que no está garantizado. Puedo afirmar con alivio que sí tuve esa chance. Y que no la dejé pasar.